

Auge católico en Cuba a pesar de Castro

Miami. Covadonga Fernández

El vacío que la caída de las ideologías marxistas en el mundo ha provocado en las conciencias de los cubanos está convirtiendo a la Iglesia Católica en el principal apoyo y consuelo de la población. Hoy más que nunca el papel de la jerarquía eclesiástica cubana está en el punto de mira de los que buscan una salida pacífica

para la isla. La actuación de los que han regido los destinos de esta institución, siempre ha estado sujeta a las críticas más diversas. ABC ha hablado con varios obispos, sacerdotes y laicos católicos que viven dentro y fuera del país que coinciden en decir que el silencio de la jerarquía eclesiástica beneficia a Fidel Castro.

Los primeros síntomas del renacer de la religión católica en Cuba, brutalmente reprimida por la Revolución castrista, se manifestaron en 1984. Ese año, Juan Pablo II entregó en Santo Domingo a cada nación una réplica de la primera cruz que los misioneros plantaron en el continente americano. Este gesto representó el inicio de los preparativos de la conmemoración del V Centenario de la evangelización del continente.

En Cuba, donde el recorrido de la Cruz empezó en la provincia de Pinar del Río y terminó en el Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, en Santiago de Cuba, las escenas de personas pidiendo el bautismo se repitieron en todas las parroquias. Así, de alrededor de 7.000 bautizos realizados en los últimos años de la década de los setenta en la Archidiócesis de La Habana, se pasó a 33.000 en 1990. Asimismo, en el Seminario San Carlos de la misma ciudad, 30 jóvenes se preparan actualmente para recibir el sacramento del sacerdocio.

Este renacer de la fe católica en Cuba se manifestó más vivamente a partir de 1986, cuando todavía los regímenes comunistas no habían caído en Europa y Juan Pablo II expresó su deseo de visitar la isla. En 1987, el Gobierno cubano realizó la invitación oficial a Su Santidad para que viajara al país. Si todo marchaba bien, el Papa visitaría Cuba en 1989 o 1990.

Caída del socialismo

Coincidiendo con la caída de los gobiernos socialistas, empiezan las procesiones por todas las iglesias del territorio con la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, con el fin de preparar a la población para la visita del Santo Padre. La reacción de los cubanos en estas peregrinaciones desconcertó tanto a los obispos como al propio Gobierno, quien seguro del escaso interés que dichos actos iban a despertar en la población, los había autorizado.

El interés que estos actos religiosos despertaron en la población fue tal, que se desató una fuerte competencia entre los pueblos para ver cuál hacía un mejor recibimiento a la Virgen. ABC ha tenido acceso a un vídeo que recoge una de estas procesiones y en el que se ve cómo los participantes corean libremente frases de amor a la Virgen y no consignas revolucionarias impuestas.

Precisamente, según han confirmado a nuestro periódico fuentes eclesiásticas en Cuba, fue el miedo a la libertad lo que llevó a José Felipe Carneado, responsable del de-



partamento de asuntos religiosos del Comité Central del PCC, a pedir a Monseñor Jaime Ortega, Obispo de La Habana, el día 9 de mayo de 1990, fecha en que la Virgen llegó a Guanabo y de donde debía partir a la capital de la isla, la suspensión de estos actos, porque, de lo contrario, según dijo Carneado a Monseñor Ortega, «podría pasar algo bien grave y la Iglesia sería la responsable».

Presionado por el Gobierno, el obispo de La Habana ordenó la suspensión de las procesiones, pero su decisión fue censurada por la mayoría de los católicos cubanos y por una gran parte del clero. Santiago Cárdenas, uno de los fundadores del Movimiento Cristiano de Liberación en Cuba, y desde los años 70 miembro del Consejo Pastoral, manifestó a nuestro periódico que el obispo nunca debió de suspender las procesiones, porque mantener el orden público no es un asunto de la Iglesia.

El éxito de estos actos religiosos, junto con el caos producido por el derrumbe del bloque socialista en Europa, llevó a un asustado Fidel Castro a cancelar el viaje de Juan Pablo II. Un sistema político resquebrajado no podía darse el lujo de consentir que miles de personas aclamasen en una plaza el nombre de alguien que hablaría de derechos humanos. Uno de los temores más grandes del Gobierno era que el discurso del Papa despertara la necesidad de justicia social en las conciencias de los cubanos.

Los preparativos de la visita sirvieron para devolver a la Iglesia Católica la confianza que los abusos cometidos por la Revolución le había quitado. Tanto es así, que, según han asegurado a ABC fuentes al más alto nivel de la Iglesia Católica cubana en el exilio, un ministro y varios cargos del actual Gobierno de Fidel Castro solicitaron recientemente a los obispos cubanos su colaboración para poner fin a la pesadilla que desde hace años vive Cuba.

En tales circunstancias, el mutismo que sostiene la jerarquía eclesiástica con respecto a la realidad del país ha sido fuertemente criticado por Oswaldo Payá, líder del Movi-

miento Cristiano de Liberación en la isla, quien en una entrevista con nuestro periódico censuró la actitud pasiva que, según él, mantienen los obispos cubanos con las irregularidades que a diario comete el régimen castrista.

El mutismo de la Iglesia

La actitud que el Arzobispado de La Habana ha mantenido con el Movimiento Cristiano de Liberación, corriente surgida en el seno de la Iglesia Católica, ha despertado un fuerte descontento entre los principales líderes de la organización y algunos sacerdotes residentes en Cuba y Miami, quienes han denunciado a ABC algunas conductas de los obispos por considerarlas poco acertadas.

Las primeras discrepancias fuertes entre Oswaldo Payá y la jerarquía eclesiástica cubana surgen en 1986, año en que se celebró el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC).

Además, según ha manifestado a nuestro periódico Cárdenas, que participó en dicho encuentro, en las conclusiones del mismo, redactadas por Carlos Manuel Céspedes, se evitaron reiteradamente todas las críticas que comprometiesen al Gobierno, y se omitieron todas las que se realizaron durante la Reflexión Eclesial Cubana (REC), el periodo de cinco años que antecedió al encuentro.

En el documento final, al que ha tenido acceso ABC, se recogen ampliamente los logros de la Revolución, pero no se dice ni una sola línea de la violación de los derechos humanos ni de las presiones que el Gobierno ha ejercido siempre sobre los católicos.

Pese a la ficticia cordialidad Iglesia-Estado que Fidel Castro pretendía vender dentro y fuera de la isla, en 1989 José Felipe Carneado, que decide en Cuba hasta el número de estampitas que puede repartir el clero entre los feligreses, vuelve a llamar a monseñor Ortega y le presiona para que ordene a los responsables del Movimiento Cristiano de Liberación que no distribuyan en las iglesias el boletín «Pueblo de Dios». A través de una circular, el obispo prohíbe a Payá al reparto de dicho boletín, argumentando, además de las presiones del Carneado, que los enfrentamientos de la Iglesia con el Gobierno podrían provocar la expulsión de sacerdotes del país.

La actitud de los obispos de no querer disgustar al régimen se debe, según manifestaron a ABC fuentes eclesiales en Cuba, a la política de terror que el Gobierno castrista ha sembrado dentro de la cúpula de la Iglesia cubana. A principios de 1990, antes de la ce-

Los primeros síntomas del renacer de la religión católica en Cuba, brutalmente reprimida por la revolución castrista, se manifestaron en 1984

El Gobierno destina las medicinas que envía Caritas a rellenar los botiquines de las clínicas reservadas para los altos cargos del partido comunista y para los turistas